

# Las etiquetas del siglo XXI

ANA MARÍA CERDÁN MARTÍNEZ

El Concilio Vaticano II dice: “Dios, Señor de la vida, ha confiado a los hombres la insigne misión de proteger la vida, que se ha de llevar a cabo de un modo digno del hombre. Por ello la vida ya concebida ha de ser salvaguardada con extremados cuidados; el aborto y el infanticidio son crímenes abominables”.

Fue en la encíclica de 1995, (*Evangelium Vitae*), donde el hoy, San Juan Pablo II, abordó el tema del aborto y lo ubicó dentro del contexto social de la Iglesia.

Defender la familia, los hijos... la vida, es de retrógrados de otro siglo. Cuando se reúnen los agentes sociales para buscar soluciones a los problemas, nunca y matizo el “nunca”, se habla del aborto como un gran problema social. Incluso en la Iglesia que es “Madre”, dependiendo del momento ha sido considerado como social y otras veces no, aunque siempre siendo un gran problema. Los agentes sociales avalan el aborto, sin precisar ni valorar, lo perjudicial que puede ser este hecho para la mujer.

En estos tiempos de modernidad, donde lo que prima es el aquí y ahora y cuando no es así, ya no me interesa, yo me paro a pensar si de verdad hemos avanzado al unísono en todo, socialmente hablando.

En la vida católica, en este momento, no se nos puede olvidar que lo más importante es la educación y el apoyo que necesitan todas las mujeres, que por diversos avatares de la vida, se quedan embarazadas y su única salida es el aborto. Socialmente hablando tenemos que aprender a canalizar en la educación que hay otras soluciones y defender la vida del no nacido ofreciendo el apoyo incondicional a la madre, para que si no puede/quiere hacerse cargo del bebé, se pueda gestionar su adopción.

¿Quién apoya a las madres para que puedan tener a sus hijos y no plantearse la vía del aborto? En este momento, los partidos políticos con representación parlamentaria no dan opción a ayudar a las madres, es más

cómodo hacer oídos sordos y mirar para otro lado, aprobando leyes que son totalmente perjudiciales para las mujeres, amparándose en la libertad de elección de éstas; falsa libertad de elección cuando solamente se ofrece un camino a la mujer.

La gran lucha de la Iglesia siempre ha sido la defensa del no nacido, haciendo prevalecer que es un ser vivo desde el momento de su concepción.

Las escalofriantes cifras que se mueven en torno al aborto en nuestro país, nos hablan de casi 100.000 abortos, siendo solamente el 6% de los casos, los declarados con algún tipo de riesgo para la mujer.

En este momento es un negocio muy lucrativo y fructífero en España, económicamente hablando, ya que se están rondando los 40 millones de euros anuales. Si esta cantidad la multiplicamos por los más de 25 años que hace que se despenalizó el aborto en España, podemos sorprendernos con que han movido más de mil millones de euros; el precio de dos millones de seres humanos que no han llegado a nacer.

Los católicos responsables, no podemos seguir arrojando a partidos políticos que solamente velan por sus intereses. La partidocracia que hemos tenido hasta hace bien poco, no ha ayudado a los católicos; más bien nos ha utilizado para arrinconarnos; para dar espacio y derechos a otras religiones.

Se ha ido modificando el tono y el talante hasta llegar a la aprobación de una ley de aborto donde las menores de 16 a 18 años pueden abortar sin el permiso de los padres, aunque el artículo 13 establece que “al menos uno de los padres, tutores o representantes legales de la gestante deberá ser informado de la decisión de la mujer. No obstante, se prescindirá de esta información cuando la menor alegue fundadamente que esto le provocará un conflicto grave, manifestado en el peligro cierto de violencia intrafamiliar, amenazas, coacciones, malos tratos o se produzca una situación de desarraigo o desamparo”.

¿Por qué esta ley solamente propone el aborto como solución al problema? ¿Por qué no se contemplan otras opciones que pueden ser menos perjudiciales para la mujer?

Se podrían mencionar por ejemplo: promover los valores, siendo el primero el mero derecho a existir como individuo. Sin el derecho a la vida, todos los demás derechos y valores resultan estériles. Si nuestra vida se basa en grupos sociales de convivencia, debemos hablar de la familia y de la educación, que en este caso es lo más importante. Y por último y no menos importante, crear políticas de natalidad que garanticen el relevo generacional para la sociedad en la que estamos viviendo.

¿Cómo se apoya y ayuda a esta mujer con problemas pero que por encima de todo quiere tener a su hijo?

Podríamos hablar de la creación de los Centros de Apoyo a la Mujer, donde se daría el apoyo emocional, laboral, educativo, médico y económico para promover la continuación del embarazo, antes y después de dar a luz. Se dispondría de profesionales especializados, más allá de las asistentes sociales, en la problemática de la mujer embarazada.

Creación del Instituto de la Maternidad para el análisis de la problemática de la maternidad a partir de datos fiables, actualizados y contrastados. Planes de Prevención y Concienciación Social sobre el Drama del Aborto, dándolo a conocer de la misma manera que se ha hecho con otras problemáticas sociales (violencia doméstica, consumo de drogas, accidentes de tráfico, etc.).

Planes de ayuda para cubrir los gastos del bebe durante los primeros años de vida y la información clara, concisa y con todo el respeto que la mujer se merece, para que tome sus decisiones correctamente informada.

Cuando una mujer, tiene claro que por cualquier motivo psicológico, físico, etc., no quiere quedarse con el bebé, se fomentará la adopción de niños nacionales, creando un organismo que tramite todas las solicitudes y llevando un seguimiento del menor hasta la mayoría de edad.

Estas serían unas breves pinceladas que podrían hacer cambiar el sentido de muchas personas si tuviésemos la valentía de afrontar los desafíos que nos va presentando la vida. Muchas cosas tienen que cambiar en la política española, en los agentes sociales, en la Iglesia Católica y sobre todo en la objetividad de los que nos llamamos cristianos.